

de Juan parecía humilde cesto por cuya boca asomaran amapolas y rubias flores de paira.

El verano se acercaba y el dueño de la casa grande, terminadas las rozas que hizo en sus montañas, no tenía más trabajo que dar a las gentes del lugar. Conversábase en las tardes, bajo los cobertizos de irse alistando para bajar al valle a las próximas cogidas de café. Juan Gabrielo iría con sus muchachos a la hacienda de don José Manuel; Matías y los suyos a la de don Quito.

La yunta de Juan Colorado, de bueyes tiernos, casi unos terneros, pero valientes y voluntarios como ellos solos, pacía tranquilamente la yerba que Dios le reparaba en el camino, porque su amo no tenía en que ocuparla. Había cesado el acarreo de trozas y ahora podían descansar a pierna suelta.

Y había que pensar en llenar a la menudencia, sus barriguillas inconsecuentes. Entretanto se ayudaban comiéndose la milpa hecha en un terreno prestado. De noche, a la hora de la cena, a falta de otra cosa, los niños echaban al hogar sendas mazorcas tiernas, envueltas en su tusa, que una vez asadas, eran despojadas de ella. La cocina llenábase del sabroso olor que entonces despedían y las dentaduras ágiles comenzaban a arrancar los dulces granos, muchos de los cuales esponjábanse como azahares.

También había que pensar en cubrir aquellas carnes, capaces de acabar con la paciencia de la *uenaza* de Natividad, tal era el afán de asomar su sonrosado y tierno encanto a curiosear por las innumerables desgarraduras de las ropas. La aguja de Chica, la mayor de los niños, una madrecita de once años, no tenía punto de reposo: zurcir, remendar, hacer milagros. No había en la casa una prenda de vestir que no luciera remiendos de diferentes colores y telas. Con un saco de manta, marca Gallito, fabricaba en un abrir y cerrar de ojos, una camisa a Beto o a Juan Chiquillo y daba no sé qué veríos muy ufanos, vestida la camisa en la cual campeaba el gallo de la marca, ya en el pecho ya en la espalda.

Octubre llegó con sus temporales. Los canasteros comen-

zaron a subir a la montaña a traer bejuco para tejer canastos, labor muy vendible en tiempo de las cogidas de café.

Juan Colorado se preparó a ir por bejuco. Indispensable era hacer algo, no podía estarse mano sobre mano con semejante chapulinada que tenía buen diente.

En una madrugada, bajo un temporal que lo mandaba Dios Padre y con un frío de los que se estilan en esas alturas, salió de su casa y se incorporó a los bejuqueros que pasaban.

Tres leguas lo menos tuvieron que hacer para llegar a la mancha de bejuco que podía abastecerlos a todos.

Muy avanzada la tarde regresó, abrumado por la carga, con el vestido hecho una sopa y los pies destrozados. Hizo otro viaje dos días después entre la tristeza de la niebla y el frío, para procurarse el bejuco necesario.

Por fortuna el temporal se fué y un sol que era un contento secó los tallos verdes. El viernes veinte canastos grandes y bien trabajados estaban listos para la venta. Bien es verdad, no soportaba el dolor de espalda y las manos a pesar de su dureza le sangraban. Y no podía ser de otro modo; toda la semana inclinado: primero el asiento en el cual la colocación de los paralelos exigía cuidado si no se quería deshacer más tarde toda la labor y luego, usted teje, y usted teje... los ojos le dolían. Preferible era volar machete todo un santo día.

Beto, el muchachillo de nueve años, fabricóse con los restos del bejuco, tres cestitas primorosas que adornó con fantásticos dibujos rojos y verdes. Las vendería a las niñas de la ciudad a veinte céntimos cada una y con el dinero, compraríase una dulzaina, sueño dorado del niño desde un *turno*, en que escuchó embobado a un campesino sacarle músicas a una. Tocaría en las tardes bajo el cobertizo y los gritos de sus hermanos haríanle coro. La llevaría siempre en el bolsillo, y en la montaña cuando fuera a acompañar al padre a alistar un tronco para el aserradero, en tanto que éste lo labrase con su hacha, él tocaría en su dulzaina. Los jilgueros lo acompañarían. Sería una cosa... muy ¿cómo dijera él? oír su música entre la quietud fresca de los bosques.

Y en verdad, que hubiera recordado así nuestro salva-